

# ¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?¹

James O'Connor²

«...ciertamente, la cuestión ambiental define y dramatiza *totalmente* la necesidad de una conciencia social radical». William Appleman Williams.

## INTRODUCCIÓN

Los postmodernistas piensan que en los cuentos aparentemente caóticos de altos personajes, lugares famosos y colecciones de sucesos que llamamos «historia», hay una lógica. Todo el mundo tiene su propia experiencia y narrativas sobre el presente y el pasado. Los historiadores son narradores profesionales que usan alguna de las formas narrativas disponibles (eso es lo que caracteriza a la «historia») y ordenan a la gente y a los eventos según la lógica de la forma narrativa particular que han escogido. Para Marx, Louis Bonaparte era una farsa;

para la clase alta francesa, un triunfo y una tragedia. Para los historiadores anti-comunistas, la Guerra Fría fue un combate entre el bien y el mal; para los historiadores geopolíticos, un choque entre imperios; para los Sandinistas, una excusa para que los yanquis controlaran Centroamérica. Y así sucesivamente...

El libro de Hayden White, *The Consent of the Form*, es un texto postmodernista importante. Simplificando su argumentación compleja y elegante, White sugiere que, una vez escogida la forma narrativa por el historiador o historiadora, el contenido de lo que escriba, el orden de la exposición (cuando empieza el Primer Acto, cuando acaba el Tercer Acto), y cuánta importancia se da a determinados personajes, lugares y episodios, todo eso está ya casi determinado. La forma narrativa influye mucho en la decisión de cuáles son los «episodios reales» (la expresión es de White) importantes y cuáles no lo son.

Ese concepto de White de los «episodios reales» muestra que el postmodernismo padece de un exceso de idealismo. La expresión aparece varias veces en el libro de White pero él no la define ni la problematiza. Los «episodios reales» están en la narrativa de White como pasas en un pastel. Eso es así a pesar de que White y muchos otros postmodernistas estarían de acuerdo en que ningún «episodio real» (material o socio-económico, por ejemplo) puede ocurrir sin un correspondiente «episodio ideal» (como yo lo llamaría): un discurso, un cambio de sentido de una palabra, una perspectiva nueva sobre una relación intersubjetiva o sobre la construcción social del «individuo», etc. Los postmodernistas como White ignoran o quitan importancia a la articulación entre los «episodios reales» y los «episodios ideales», es decir, cómo la actividad material se organiza socialmente y cómo los significados y la intersubjetividad se relacionan con la actividad material. Los postmodernistas tienden, pues, a ser algo ciegos con respecto a uno de los mayores problemas de la historiografía.

A pesar de ese vacío, el postmodernismo «explica» por

¹ Traducción de *Capitalism, Nature, Socialism*, 8 (2), Junio 1997.

² Agradezco los comentarios y críticas de Paul Buhle, Mike Davis, Yaakov Garb, Jay Moore, Alan Rudy, Dale Tomich, Donald Worster y William Yaran. Les agradezco también algunas de las frases concretas en este ensayo. Las interpretaciones poco juiciosas y los errores, si los hay, son solamente míos.

qué cada generación o período histórico reescribe la historia, y también por qué en cualquier período los historiadores discuten lo que pasó en el futuro, y cómo puede saberse lo que realmente aconteció y sus razones. La lógica del postmodernismo es que es natural e inevitable que las historias que narra la historia cambien con el tiempo y sean diferentes en cualquier momento concreto, según quien el que cuenta esas historias. Cada uno tiene su causa que defender o su propios intereses, ya que cada uno tiene su propia experiencia de vida, su perspectiva cultural y política, y su narrativa personal. Incluso no todos van a entender igual qué significa «defender una causa». El postmodernismo tiene buenos argumentos, pero tiene tres grandes fallos y finalmente llega a un individualismo y subjetivismo metodológicos, a una arbitrariedad y relativismo, que son tan extremos que bordean el nihilismo. Veamos esos tres fallos. Primero, los postmodernistas no entienden cómo las estructuras sociales están detrás de los episodios reales y de las formas narrativas, es decir, olvidan las interconexiones, estructuralmente determinadas o influenciadas, entre las cosas (que exigen la abstracción y distintos niveles de análisis). Segundo, no distinguen entre historias típicas y atípicas, no perciben que hay contextos que son más relevantes que otros para interpretar los hechos históricos, lo que ayuda a eliminar la multiplicidad de posibles significados de las cosas. Tercero, no tienen en cuenta ninguna psicología social estructuralmente enraizada, ninguna explicación de la subjetividad o de culturas de resistencia, que tienden un puente entre la estructura y el proceso histórico, o entre la estructura y los significados.

Parece que, por suerte, podemos huir de la trampa postmodernista. La escritura y reescritura de la historia, el iluminar esquinas oscuras del pasado, el oír voces olvidadas o acalladas hace mucho tiempo, el explicar modas y caprichos, el juzgar de nuevo a «grandes hombres», el comprender cómo la subjetividad o las indentidades se han constituido históricamente, todo eso sigue una cierta lógica, por lo menos, durante la historia del capitalismo en los pasados trescientos o cuatrocientos años. Este artículo pretende descubrir esa lógica de las formas de hacer historia, encajando en ella el actual florecimiento de la historia ecológica.<sup>3</sup>

Es posible descodificar la lógica de las formas de escribir

historia con la misma clave que desciframos la lógica del desarrollo del capitalismo, y no a partir de una lógica propia de las formas narrativas. En términos generales, la manera occidental moderna de escribir historia empieza con la historia política, legal, constitucional; camina luego a la historia económica en la segunda mitad del siglo XIX; cambia a la historia social y cultural a mitad del siglo XX; y culmina con la historia ecológica a final del siglo XX. Este árbol genealógico de la historiografía es un producto lógico del propio desarrollo del capitalismo: primero, las reformas y revoluciones políticas, legales y constitucionales que crearon el marco para la propiedad privada, los derechos de propiedad, las libertades civiles y la igualdad formal ante la ley; segundo, las revoluciones tecnológica e industrial de final del siglo XVIII y principios del XIX, en parte fomentadas por la reforma o revolución política, que crearon la posibilidad de escribir una historia económica capitalista (conflictos económicos, crecimiento de los mercados, de las finanzas, competencia entre empresas, etcétera); tercero, la historia cultural y social inspirada por el crecimiento de una sociedad y una cultura específicamente capitalista, nacida de la comercialización de las «mercancías ficticias», la tierra y el trabajo, y también de la vida social y la cultura; la sociedad de masas; las luchas sociales y el cambio de pautas de consumo; la migración de los trabajadores y el desarrollo de la sociedad multiétnica; cuarto, la historia ecológica producida por la capitalización de la Naturaleza o la creación de una Naturaleza que es específicamente capitalista, las luchas acerca de la Naturaleza que se desarrollan en el marco de cambiantes sistemas legales capitalistas y de imperativos económicos y socioculturales. Esa historia ecológica es el tipo de historiografía que ha aparecido últimamente, tal vez sea el último. En efecto, las transformaciones

<sup>3</sup> Una objeción: Paul Buhle me recuerda que «la emergencia de la historia desde el examen del mito colectivo empieza con Vico, y sin sus intentos de recoger el folklore y sin la paralela recuperación por Boehme de la dialéctica, la historia sería una ... materia muy seca. El esquema general que tú organizas (de la historia política a la historia económica y a la historia social y cultural y, luego, a la historia ecológica) es bueno; pero la idea de que ese tránsito es científico, sin grandes inyecciones de mito y romanticismo que van mucha más allá de los prejuicios de clase, es una idea a la cual le falta precisamente una buena dosis de observación dialéctica» (correspondencia personal).

estructurales del capitalismo en desarrollo han «escrito» con una cierta lógica sus propias narrativas históricas, correspondientes a los cambios en la política, en las fuerzas y relaciones de producción, en la sociedad y la cultura en conjunto, incluidos los temas universales de las luchas entre la circunstancia o necesidad objetiva y la voluntad o el deseo subjetivo.

El cambio estructural no hace nacer directamente un nuevo tipo de historia. Entre uno y otro hay conflictos sociales, y la propia escritura de la historia es una manifestación de conflicto social. Los cambios estructurales concretos producen tipos de luchas sociales, ya sean políticas, económicas, sociales y culturales, o ecológicas, por este orden. Las nuevas luchas sociales son la causa próxima de que aparezcan nuevos sujetos históricos y nuevas maneras de leer críticamente la historia del capitalismo, pero hay una causa más profunda: la evolución estructural del propio sistema capitalista como sistema de trabajo, como modo de vida, como relación con la naturaleza. Para explicar todo esto, deberíamos explorar detalladamente los cambios estructurales y también la mediación entre esos cambios —es decir, el conflicto social— y la evolución de nuevos tipos de historiografía.

Ese camino no es lineal, un paso después de otro. La idea del desarrollo desigual y combinado del capitalismo industrial se aplica también a la historiografía. Cada tipo de historia, si se hace bien, incorpora y radicaliza el tipo anterior. Cada etapa de la historia está marcada por ciertos conflictos, ya sean conflictos políticos, o conflictos entre capital y trabajo y entre distintos capitales, conflictos sociales y culturales, conflictos acerca de la naturaleza. Tales conflictos aparecen de manera desigual en el espacio y en el tiempo. Cada país tiene obviamente su propia historia, como una formación social capitalista. Por ejemplo, la solidez del dominio de la burguesía basado en la fuerza y en la racionalidad, ha variado de país a país, y la dialéctica del desarrollo y el subdesarrollo han producido también historias nacionales muy distintas. El imperialismo ha sido una parte mayor o menor de la narrativa histórica de los países industrializados. Algunas tradiciones socialistas emergen como contra-narrativas, con-

tra-historias. En los Estados Unidos, la historiografía «salta» de la historia política al historiador de la Frontera, Frederick Jackson Turner, seguido por Charles Beard y luego por William Appleman Williams, quien «puso en marcha de nuevo la historia del Oeste que es el escenario de la mayor parte de la nueva historia ecológica, y estableció el marco de estudio del colonizador conquistador que está en el centro de esa nueva historiografía». <sup>4</sup> Así pues, la teoría de las «etapas» de la historiografía que he esbozado antes, es una abstracción que no analiza en detalle las formas desiguales y combinadas de la política, la economía y la sociedad de países concretos ni tampoco las relaciones diferentes que esos países han tenido entre sí en distintos periodos de la historia.

También las luchas sociales se combinan de diversas maneras en el espacio y en el tiempo. Las nuevas luchas tienden a incorporar las luchas anteriores. No hubo discusión del «medio ambiente» durante las revoluciones políticas burguesas pero sí que se habla de política en las luchas ecológicas actuales. Los conflictos de los trabajadores en el siglo XIX rara vez incluían preocupaciones ambientales, pero hoy en día cada vez más tienen una dimensión ambiental. Las primeras luchas culturales acerca de la etnicidad o el género sobre las que se escribió, no mencionaban apenas los temas ecológicos, mientras que ahora hay luchas explícitas contra el «racismo ambiental» (a favor de la Justicia Ambiental) y también luchas ecofeministas que incorporan conflictos acerca de la pobreza, la desigualdad, las clases sociales, la «raza» y el género. Hay pues un diálogo entre las preocupaciones y experiencias del pasado y del presente, como si la historia del presente se edificara sobre los sedimentos históricos e historiográficos del pasado. El presente, debido a las nuevas preocupaciones pero también debido a su posición respecto del pasado, puede ver en el pasado cosas que el pasado no vio. El diálogo también incluye al futuro, ya que la manera de escribir ahora la historia, tiene alguna influencia sobre el futuro que construimos; así, la historia ecológica tiene alguna influencia sobre nuestra actitud hacia la Naturaleza que será el hábitat de los futuros historiadores.

Vista así, la historia ecológica puede considerarse como la culminación de las historias previamente existentes, siempre que, además de la historia ecológica estricta, incluyamos

<sup>4</sup> *Ibid.*

## ¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?

también las dimensiones ambientales de la historia política, económica y cultural actual. Muchos historiadores consideran la historia ecológica como algo marginal, una especialidad más, pero debemos ponerla en el mismo centro de la historiografía actual. Como escribe J. Donald Hughes, estudioso de las ecologías de las civilizaciones antiguas, «un historiador que decide colocar y explicar la historia en su contexto ambiental, se convertirá necesariamente en un historiador ecológico».<sup>5</sup>

### QUÉ ES LA HISTORIA ECOLÓGICA?

Decir que la historia ecológica es la culminación de toda la historia anterior parece ciertamente una extravagancia. Pero no lo es. Muchos historiadores ecológicos definen este campo de estudio de la manera más amplia posible. Su finalidad principal, escribe Donald Worster, se ha convertido en «profundizar nuestra comprensión de cómo los humanos han sido afectados por su ambiente natural a lo largo del tiempo y, al revés, como ellos han afectado al ambiente y con qué resultados».<sup>6</sup>

Según Worster, los historiadores ecológicos hacen frente a tres conjuntos de cuestiones, en tres distintos niveles. El primero es «entender la propia naturaleza, como ha estado organizada y ha funcionado en el pasado», incluyendo los organismos humanos. El segundo nivel «incluye el campo socioeconómico, en su interacción con el ambiente natural. Aquí estudiamos las herramientas y el trabajo, las relaciones sociales que se crean sobre ese trabajo, los diversos modos de producir bienes a partir de los recursos naturales que los humanos han creado». El tercer nivel es el «puramente mental o intelectual, en el cual las percepciones, la ética, las leyes, los mitos y otras estructuras de significación se vuelven parte del diálogo con la naturaleza de un individuo o de un grupo».<sup>7</sup> Estos «niveles» son categorías analíticas: «... aunque para mayor claridad, intentamos distinguir entre estos tres niveles en el estudio histórico-ecológico, de hecho constituyen una sola investigación dinámica en la cual la naturaleza, la organización social y económica, los pensamientos y los deseos, son tratados como un todo. Ese «todo» cambia al cambiar la na-

turalidad o al cambiar la gente, formando una dialéctica que transcurre por nuestro pasado hasta llegar al presente».<sup>8</sup> Dicho de otra manera: ¿Cómo afectan los humanos su propia situación al modificar o destruir el ambiente, y cómo el ambiente se afecta a sí mismo al constreñir o facilitar de varias formas la actividad humana?

También nos preguntamos: en esa tríada —la naturaleza, el trabajo (herramientas, trabajo, etc.), la cultura—, ¿cuál es el elemento, si hay alguno, que debe ser privilegiado en el análisis?

<sup>5</sup> J. Donald Hughes, «Ecology and Development as Narrative Themes of World History», *Environmental History Review*, primavera 1985, p. 9. La ecología no es vista como un «apoyo» o una «pieza» de la historia mundial, sino como el tema principal: «la nueva narrativa de la historia mundial debe tener como tema principal los procesos ecológicos» (ibid.).

<sup>6</sup> Donald Worster ed., *The Ends of the Earth: Perspectives on Modern Environmental History*, Cambridge Univ. Press, 1988, apéndice, pp. 290-291. Ésta es la definición de un historiador. Dos científicos sociales han definido la Ecología Política así: «La ecología política (...) es una ampliación de las cuestiones centrales planteadas en las ciencias sociales acerca de las relaciones entre, de una parte, la sociedad humana en su complejidad bio-cultural-política, y, de otra parte, una Naturaleza muy humanizada. La ecología política desarrolla un terreno común donde se cruzan varias disciplinas». James Greenberg y Thomas Park, «Political Ecology», *The Journal of Political Ecology*, 1, 1994, p. 1.

<sup>7</sup> Worster, op. cit. p. 293.

<sup>8</sup> Ibid. Worster resume los distintos enfoques de los antropólogos y de otros a ese «todo», aunque tengo dudas sobre su llamado a unir «las dos teorías» de Marvin Harris y de Karl Marx. En mi opinión, el concepto de Harris del «sistema tecnoambiental» no puede separarse como una suerte de variable independiente de la organización del trabajo y de la organización social, por ejemplo de las formas de propiedad y de la organización cultural. Creo que Marx puede ser «ecologizado» pero que Harris no puede ser «marxistizado». Un comentario final: en su explicación de la cultura (ibid. p. 302, *passim*), Worster, en vez de formular agudamente las cuestiones como él suele hacerlo, se embarca en meandros discursivos. Me parece que la causa es que no entiende que la cultura proporciona modos de cooperación, reglas y normas, que son «importados» en la producción y en el trabajo, y que así se toman fuerzas productivas en sí mismas. Worster no completa la transición de la «interacción» a la dialéctica, en su trabajo pionero sigue habiendo un dualismo, véase por ejemplo su teoría de las ideas como «reflejo» de la sociedad (op. cit. p.303) o su explicación sobre Rappaport (p. 304-305): la naturaleza y la cultura permanecen separadas; la cultura permite que los humanos vivan dentro de los límites de la naturaleza; el trabajo no está incluido en este esquema, es decir, la actividad material parece funcionar meramente como algo que logra que los humanos «vivan en equilibrio».

Podemos decir que la historia ecológica es el estudio de cómo las acciones humanas modifican la «naturaleza» y construyen configuraciones espaciales, agronómicas o urbanísticas, y cómo los ambientes naturales y culturales facilitan y limitan la actividad material humana y, al revés, cómo la actividad material humana facilita y limita el desarrollo cultural y la «economía de la naturaleza». Visto así, el método de los historiadores ecológicos se aproxima al marxismo, la única ciencia social totalizadora. El método es en ambos casos el materialismo activo: los historiadores ecológicos presentan un espejo al mundo y le muestran cómo ha producido y formado su propia naturaleza y su propio cuerpo. El mundo consigue esto mediante el trabajo (la tecnología y la división del trabajo social; el poder y las divisiones sociales del trabajo). El trabajo se define como la producción, distribución, intercambio y consumo materiales, socialmente organizados y mediados simbólicamente. En el camino de la historia ecológica al marxismo, el «impacto humano» o las «acciones humanas» se convierten en «impactos materiales humanos» o «actividad material», y el trabajo es visto como la mediación entre la cultura y la naturaleza. La historia de la naturaleza es, pues, en parte, la historia del trabajo.

Esas maneras de ver el mundo y de hacer historia son tan fructíferas que en nada sorprende que la historia ecológica sea uno de los campos de la historia que crezca hoy más rápidamente. Más y mejores estudios de la dialéctica entre la naturaleza, la cultura y las acciones materiales humanas aparecen más frecuentemente, y hay cada vez más conferencias y más cursos de historia ecológica. La historia ecológica local está arrinconando el anticuarismo de la historia local habitual. La interacción entre la economía humana y la «economía de la naturaleza» y sus interdependencias, asimetrías y contradicciones son estudiadas por los economistas ecológicos y son teorizadas por los eco-marxistas y los científicos sociales críticos. La teóricos de la política han empezado a estudiar el concepto de la «naturaleza» en Hobbes, Rousseau, Jefferson, Paine y otros filósofos políticos. Hay nuevos estudios sobre Thoreau, Muir, Pinchot y otros preservacionistas y conservacionistas de la naturaleza. En la década pasada, el tema «mujeres y naturaleza» ha recibido tratamientos innumerables y diversos de historiadores, ecofeministas, antropó-

logos y activistas ecologistas en el Sur y en el Norte. Existen nuevas «historias ambientales del mundo» y nuevos estudios generales y detallados del ambiente en los Estados Unidos, Australia, India, Brasil, África y otras regiones y países. Hay nuevos estudios históricos del cuerpo humano, del nacimiento, la enfermedad, el dolor y la muerte, y del significado de la «pureza», de la «limpieza», de la «comida», y también de las ciudades o pueblos rurales estudiados como ecologías. El estudio de la «ecología humana», que había sido un campo esotérico, pertenece ahora a la corriente principal de la ciencia. Los estudios de impacto ambiental que proliferan pueden ser vistos como aplicaciones prácticas contemporáneas de la historia ecológica. Las fronteras entre la antropología cultural y la antropología física hace tiempo que desaparecieron. Los científicos sociales tienen que tener en cuenta a la naturaleza, como recurso y como sumidero, y las humanidades estudian cómo se establecen y cómo varían las representaciones y los significados de la «naturaleza». La conservación ambiental y la restauración de paisajes culturales históricos, avanzan. La geografía económica ha dado un giro de 180 grados, abandonando el determinismo ambiental que la dominaba, adoptando el método que Marx llamó «materialismo activo». Los estudios culturales han «desconstruido» las diversas maneras en que la «naturaleza» ha sido entendida por la ciencia. La ecología es uno de los campos más dinámicos en las ciencias naturales. Cada día se escribe más sobre la naturaleza. El interés general en el efecto invernadero, la capa de ozono, y los impactos del ambiente sobre la salud humana y el bienestar mental, crecen de año en año.

La amplitud de los métodos y de los temas de la historia ecológica es enorme, mayor que los de la historia política, económica, social y cultural. Los historiadores ecológicos estudian la historia del uso y agotamiento de las fuentes de energía; los cambios geológicos, atmosféricos, climáticos que inciden en la vida humana, tanto si son provocados por los humanos como si no lo son; el desarrollo de las poblaciones de otras especies; las biorregiones, las cuencas hidrográficas, los ecosistemas, y los corredores y mosaicos ecológicos. Estudian el ambiente definido como recursos, como valor recreativo, como un espacio socialmente construido, como un mapa mental. Hay historias de ciudades escritas a la luz de sus rela-

## ¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?

ciones ecológicas con sus hinterlands, y viceversa; historias de bosques, lagos, ríos, costas (conservadas o no), y también de los paisajes ya construidos, de parques urbanos, de estilos arquitectónicos, de supermercados suburbanos y de pautas de urbanización, de viejas bases militares y de zonas industriales: todo eso ha sido escrutinado por los historiadores ecológicos.<sup>9</sup>

Los sonidos de los niños que juegan en un parque, los efectos biológicos de usar determinado nicho ecológico como parque urbano, el ruido distante del tráfico en la calle que rodea el parque, el ruido asustador de los aviones que despegan cerca del parque, el significado del parque en la historia de la vecindad, todo eso debe ser incluido en la historia ecológica de un modesto parque urbano. Se han escrito libros sobre los huertos domésticos insignificantes de algunas ciudades y también sobre los impresionantes antiguos bosques de árboles nativos que han sobrevivido. Parece, en principio, que todo es historia ecológica.

La historia ecológica es, para resumir, la historia del planeta y de la humanidad, y de la vida de otras especies y de la materia inorgánica en la medida en que hayan sido modificadas por las producciones materiales o mentales de los seres humanos, o las hayan facilitado o limitado. Se trata, pues, de estudiar las relaciones entre la especie humana y el medio natural (una definición de «ecología humana» en el diccionario). Estas relaciones no puede descifrarse sin investigar las relaciones de los humanos entre sí (la «sociedad», la «economía») y sin investigar las propias relaciones biológicas, químicas, físicas de la naturaleza, ya sean para aumentar o disminuir sus potencialidades, y por tanto la historia ecológica tiene un campo amplísimo, sin límites en la práctica. El ambiente actual ha sido modificado por muchas generaciones de humanos. Las estructuras y procesos económicos, políticos, culturales «deciden» cómo se utiliza el ambiente natural, y de qué manera la historia ecológica incorpora la historia económica, política, social y cultural. La historia de la naturaleza presupone no sólo el estudio de la biología, de los suelos, etc. sino también la historia política y legal (la historia de las relaciones y los límites de las propiedades, por ejemplo), la historia económica (cómo el capital usa la naturaleza como recurso o sumidero), la historia social y cultural (por ejem-

plo, la historia de la estética, los gustos sociales, qué flora es apreciada en períodos particulares, etc.). Podríamos añadir también la «historia moral»: hace un siglo, los vendedores de semillas y bulbos para jardines decían a sus clientes que un jardín limpio y bien arreglado era un síntoma de buena moralidad familiar. En principio, la historia ecológica es una historia totalizadora, la única historia general o universal.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Worster excluye de la historia ecológica el ambiente edificado y los artefactos, reconociendo que la distinción entre Naturaleza y artefacto es en gran parte arbitraria, pero que vale la pena hacerla porque nos recuerda que hay fuerzas distintas y que algunas de ellas no emanan para nada de los humanos, son espontáneas, auto-generadas. En cambio, el ambiente ya construido es totalmente una expresión de la cultura. El bosque o el ciclo del agua funcionan con energías ajenas a los humanos, aunque influyen sobre los humanos, estimulando reacciones, defensas, ambiciones. (Worster, 1988, op. cit. pp. 292-293). Esta posición de Worster puede ser cuestionada por los geógrafos. El espacio urbano, por ejemplo, tiene consecuencias no deseadas para las vidas de los seres humanos, es decir, no es sólo una construcción humana sino que construye lo que es humano y lo que es «natural». Un enfoque materialista activo reconoce que hay energías que no provienen de nuestras acciones pero nota que muchas de esas energías han sido modificadas, al menos un poco, por las acciones humanas. El océano, la atmósfera, los suelos no sólo se han «hecho a sí mismos» a lo largo del tiempo sino que también han sido «hechos» en menor o mayor parte por la actividad humana, según las circunstancias.

<sup>10</sup> «... nuestro proyecto de explorar el pasado humano como parte de una red de relaciones sistémicas con el mundo natural ofrece la oportunidad emocionante de ver las cosas en conjunto, como un todo, precisamente cuando los historiadores profesionales parecen estar en busca de una tal síntesis» (William Cronon, «The Uses of Environmental History», *Environmental History Review*, otoño 1993, p. 4). Sin embargo, Cronon señala que, aunque hay muchos estudios acerca de la idea de la naturaleza y del nexo economía-naturaleza, hay pocos estudios, tal vez ninguno, que abarquen ideas y cultura, economía y naturaleza en un todo («Modes of Prophecy and Production: Placing Nature in History», *Journal of American History*, 76 (4), marzo 1990, p. 1124). Es, pues, escéptico sobre la posibilidad de un campo y un método totalizador para la historia ecológica, haciendo hincapié en el «particularismo de sus historias concretas». Una manera de incluir el nexo cultura-economía sería investigar las normas y prácticas culturales que son «importantes» dentro del sistema económico y en los lugares de trabajo, y valorizadas como capital. Se las ha llamado «capital social», «capital comunitario», «capital cultural». Greenberg y Park escriben que hay «dos corrientes teóricas importantes que han influido en la formación de la ecología política: la economía política, con su insistencia en las relaciones entre la distribución del poder y la actividad productiva, y el análisis ecológico, con su enfoque general sobre las relaciones bio-ambientales» (op.cit.).

La historia ecológica es, pues, muy general, pero también está muy ligada a espacios muy definidos, a las cuencas hidrográficas, a la sucesión «espontánea» de plantas y otros seres vivos en un lugar, o a la dialéctica de la sustitución forzada de especies nativas por especies exóticas en otro lugar, o a los cambios en los suelos agrícolas. Los historiadores ecológicos estudian lugares concretos en periodos bien acotados: los efectos de la construcción de represas en el oeste estadounidense en los años 1930, las fuentes de contaminación en el Mar del Norte en los años 1960, las antinomias de los monocultivos en las llanuras costeras de América Central en los años 1970. Así pues, aunque la historia ecológica es nada menos que el estudio de las relaciones entre la cultura humana, la vida material y la «economía de la naturaleza», parece que está limitada por las peculiaridades de los lugares particulares que estudia. Sin embargo, la historia de un lugar no puede separarse fácilmente de la historia de otros lugares. Incluso la historia de los «no-lugares» en esa geografía de ninguna-parte de supermercados, autopistas periurbanas y aeropuertos, está muy claramente conectada con la historia agrícola (monocultivos químicos para la producción de alimentos para los residentes de «ninguna-parte»); con la configuración de sistemas de transporte en automóvil o en avión para llevar a los residentes de ninguna-parte de un no-lugar a otro, y por tanto con la explotación de petróleo distante y con la pérdida local de tierra agrícola y con aumento global de efecto invernadero; con la biología de la conservación (los efectos en la vida silvestre de esa expansión de los no-lugares); con la historia de una estética que tolera o aprecia los suburbios y los nudos de autopistas; con el agotamiento de recursos y con formas características de contaminación del agua y del aire (por ejemplo, ozono superficial que viaja por amplias zonas).

La historia ecológica es así general y universal pero, al mismo tiempo, es historia local específica y concreta. La historia ecológica se enfrenta, pues, a dos peligros. El primero es la generalización insípida (la «muerte de la naturaleza», el «fin del mundo», la «nave espacial Tierra»). El segundo es la trivialidad, convertirse en un catálogo de cambios ambientales en diversos lugares. La historia de todo puede convertirse en la historia de nada. Pero, tanto la generalización exagerada como la atención excesiva a los detalles superfluos, son ries-

gos que la mayor parte de los historiadores ecológicos, al igual que los antropólogos culturales, los geógrafos, los economistas ecológicos, están dispuestos a asumir. En caso contrario, ¿cómo podríamos desarrollar conceptos totalizantes, por un lado, y, por otro lado, conocimiento de los límites, de las esquinas, de los oscuros callejones sin salida de nuestro ambiente? Lo que llamamos la «naturaleza global» es cada día más una aglomeración de enormes zonas urbanas con grandes impactos ecológicos, locales y globales. Hemos de conocerlas en sus detalles. El problema de la relación entre lo particular y lo total, entre lo específico y lo concreto y lo total, es especialmente importante para los historiadores ecológicos.

Worster ha hecho notar la gran ambición y las posibilidades totalizantes de la historia ecológica, pero no existe un método totalizante correspondiente, definido no como «la verdad y nada más que la verdad» sino en términos de las conexiones entre proyectos y procesos históricos específicos y lo concreto, es decir, lo que los individuos y las cosas tienen de común. La historia ecológica continúa siendo un campo poco definido, que toma prestado de manera poco crítica de las ciencias naturales o sociales y también de teorías marxistas sobre la actividad material humana que son esenciales para iluminar verdaderamente la «historia de la naturaleza». Todas las relaciones históricas son *simultánea e irreduciblemente* sociales y materiales (naturales), y sociales-materiales y materiales-sociales. Los historiadores tienen que operar a todos los niveles de abstracción (y sus muchas mediaciones) para delinear exactamente cómo y por qué las fuerzas económicas y otras fuerzas dependen del ambiente natural; cómo la naturaleza limita y facilita a la vez la actividad material humana; y cómo los cambios en el ambiente natural modifican (y son modificados por) los cambios políticos, económicos, y culturales-sociales.

## UNA HISTORIA DE HISTORIAS

Para apreciar la importancia de la historia ecológica, hace falta situarla en el linaje de la historiografía capitalista de los últimos dos o tres siglos. Sin salirnos de la historia de «Occidente», tres modos principales de escribir historia han prece-

dido a la historia ecológica: historia política, historia económica e historia social-cultural, por este orden.

Las primeras historias del capitalismo fueron historias políticas. Los primeros historiadores modernos fueron historiadores políticos que estudiaron el surgimiento y la consolidación del estado-nación y las luchas políticas relacionadas con ello, y las reformas o revoluciones políticas en Holanda, Gran Bretaña, Francia, Alemania y otros países europeos (y la imagen anti-colonial invertida en los países de colonialistas blancos). «En los viejos tiempos», escribe Worster, «todo el mundo sabía que el único tema importante era la política y el único terreno importante era el estado-nación. Se suponía que uno iba a investigar los acuerdos y conspiraciones de presidentes y primeros ministros, la elaboración de las leyes, los conflictos entre reyes y parlamentos, y las negociaciones de los diplomáticos. Esa historiografía tan segura de sí misma no era realmente tan vieja, un par de siglos como mucho».<sup>11</sup>

Muchos de los historiadores políticos eran también filósofos o teóricos de la política o de la ley; no separaban la teoría de la historia, no sólo describían sino que trataban de explicar y justificar, incluso celebrar el estado-nación (que según Worster alcanzó «la cumbre de su aceptación en el siglo XIX y a principios del XX») y los conflictos legales y políticos, las instituciones y los climas sociales que ayudaron a crear el estado-nación (en el cual, las relaciones de producción y las fuerzas productivas específicamente capitalistas encontraron su acomodo).

Esas nuevas relaciones de poder, definidas en su sentido político y legal más amplio, proporcionaron el marco político para la Revolución Industrial y el crecimiento de la economía capitalista en el siglo XIX. Los filósofos-historiadores que documentaron las nuevas relaciones de poder, ayudaron a que las clases económicas dominantes emergentes se percataran de los cambios aparentemente permanentes conseguidos con reformas o revoluciones durante el final de la era del absolutismo, el principio de las monarquías constitucionales, el desarrollo de la democracia liberal.

El segundo tipo de historia del capitalismo fue la historia económica, los estudios de la revolución en la tecnología y en la producción material, en la distribución y los intercambios; es decir, la expansión de las fuerzas productivas y de las

relaciones capitalistas de producción. El tema de las primeras historias económicas era la «economía política», que originalmente consistió en los intentos de desarrollar un concepto económico del Estado en la era del mercantilismo colonial. Después, los economistas políticos clásicos combinaron la teoría económica y la historia económica para reflejar las luchas entre la joven burguesía y las fuerzas del mercantilismo. Eran teóricos e historiadores a la vez; tanto la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith como *El Capital* de Karl Marx son historias teóricas del capitalismo. Con el paso del siglo XIX, los temas estudiados por los historiadores económicos incluyeron el desarrollo de la división del trabajo industrial y social, el comercio nacional e internacional, el cambio tecnológico, y las nuevas categorías del capitalismo industrial: los salarios, los costos, los precios, las ganancias empresariales. También escribieron historias de conflictos obreros en los mercados de trabajo obrero y en las fábricas (la historia de los conflictos en los trabajos de reproducción, en la familia, en las comunidades, en los grupos étnicos, serían objeto de investigación de los historiadores sociales en el siglo XX). La historia económica estuvo muy relacionada con la historia política. Para que las robustas fuerzas materiales del capitalismo se desarrollaran y para que el comercio internacional en los medios y en los objetos de la producción creciera, hacía falta que los estados-nación evolucionaran y las relaciones legales y los sistemas de propiedad debían cambiar, todo eso en el contexto de la apropiación de los terrenos comunales a finales del siglo XVIII y principios del XIX, de la producción artesanal, del desarrollo de las manufacturas, etc. Al publicarse *El Capital* de Marx, las nuevas clases industriales y financieras estaban conscientes de la tendencia a la revolución permanente en las fuerzas productivas, del crecimiento de la competencia entre em-

---

<sup>11</sup> Worster, op. cit. p. 289. En las ciencias sociales, la ciencia política, la economía, la sociología, y los estudios culturales y ambientales, han tenido también su propia lógica de desarrollo que aproximadamente se ha dado en paralelo con los cuatro tipos de historia. Por ejemplo, la ciencia social empezó como «ciencia moral» (así se llamó en el siglo XVII a las ciencias humanas), pero en el siglo XIX la economía se separó de las otras ciencias sociales, una señal del establecimiento efectivo del capitalismo. La «sociología de la cultura» se ha desarrollado a mediados y final del siglo XX, los estudios ambientales a finales del siglo XX.



presas, de la importancia central del comercio internacional, y de la tendencia permanente hacia la concentración y centralización del capital. Finalmente, la economía capitalista se consolidó tanto que se convirtió en algo «natural»; parecía un poder externo incapaz de ser controlado por los humanos o por la sociedad humana. Irónicamente, ese supuesto carácter «natural» que podían adquirir las instituciones sociales humanas no sólo servía de justificación para la economía de mercado, en la teoría liberal, sino que también se usó para justificar el proyecto socialista.

Tras la historia económica, apareció la historia social y cultural, los estudios en la revolución de las estructuras y procesos sociales y culturales: en términos generales, el crecimiento del consumismo (es decir, la generalización de la satisfacción de las necesidades mediante mercancías compradas en mercados) y la sociedad de masas (la universalización de la forma asalariada de trabajo y el surgimiento del «trabajador-masa»).<sup>12</sup> La conversión en mercancías de la vida social y cultural (la familia, la comunidad, la etnicidad, etc.) o el desarrollo de un modo de reproducción social específicamente capitalista, completaron el proceso que había comenzado con la venta en amplios mercados de los bienes manufacturados.

El juicio sobre el capitalismo en la historia política y la historia económica era triunfalista. En cambio, la historia social y cultural y más tarde, la historia ecológica, han tenido una actitud crítica. Las luchas sociales y culturales de las mujeres, de las minorías oprimidas, etc. son «de abajo a arriba» mientras que las luchas políticas y económicas en el desarrollo del capitalismo habían sido luchas «desde arriba» contra las estructuras del antiguo régimen: el mercantilismo colonial, los monopolios estatales, la regulación económica absolutista. «Hace algún tiempo... la idea de la historia como «la política del pasado» empezó a perder vigencia», escribe Donald Worster. «Los historiadores perdieron su creencia en que el pasado hubiera sido controlado completamente por unos pocos grandes hombres en posición de poder en la nación.

Los historiadores empezaron a descubrir capas sociales que habían estado sumergidas, las vidas y los pensamientos de gente normal, y trataron de ver la historia desde abajo». <sup>13</sup> En este pasaje, y también en otros, Worster olvida el momento de la historia económica. Cree que el cambio de la historia política a la historia social fue un «cambio de rumbo» a cargo de historiadores más abiertos que notaron el crecimiento de conflictos específicamente sociales (el feminismo, el antirracismo). Worster tiene razón, pero bajo los conflictos sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX hemos de ver las nuevas estructuras de una sociedad capitalista. Worster no vincula cambios en el capitalismo con nuevos conflictos. La «historia desde abajo» refleja el crecimiento de las luchas culturales y sociales, incluida la profundización de las formas democráticas formales en la vida y el trabajo diarios. Pero ese tipo de historia, como las propias luchas de las cuales la historia es una parte, tienen raíces más profundas. La revolución en las relaciones políticas y legales, y, en consecuencia, la explosión de las fuerzas productivas, de la competencia en los mercados, del comercio internacional y de las nuevas relaciones de producción capitalistas, fueron la causa y a la vez fueron causadas por la conversión en mercancía de la tierra y del trabajo. Polanyi llamó «mercancías ficticias» a la tierra y al trabajo, Marx las había llamado «condiciones de la producción», indicando que la tierra y el trabajo son tratadas como si fueran mercancías pero no son producidas como mercancías, según la ley del valor. Polanyi mostró que la generalizada conversión en mercancías de la tierra y el trabajo creó la sociedad específicamente capitalista. Los valores y las normas sociales se sometían a las fuerzas del mercado. Esta línea de análisis fue desarrollada también por la Escuela de Frankfurt y por la teoría crítica. Así pudo empezar a analizarse la sociedad y la cultura del capitalismo, aunque no se ha estudiado suficientemente cuáles son las implicaciones sobre la vida social y cultural de un modo de reproducción social que se basa en el trabajo asalariado y en la satisfacción de necesidades mediante mercancías.

Marx y Engels habían demostrado cómo y por qué el conflicto social en el capitalismo tomaba la forma de un conflicto entre capital y trabajo (no sólo en el mercado de trabajo sino también en las fábricas), y también de conflictos entre

<sup>12</sup> James O'Connor, *Accumulation Crisis*, Blackwell, Oxford y N. York, 1983.

<sup>13</sup> Worster, *ibid.*

fracciones del capital y entre capitales en el proceso de «acumulación competitiva». Unos cien años después, los historiadores sociales y culturales, marxistas o no (historiadores feministas, historiadores locales, historiadores gays e historiadoras lesbianas) ampliaron las concepciones marxistas para incluir los conflictos sociales en la esfera de la reproducción social, en las comunidades, en la vida cultural, mostrando por ejemplo la pérdida de formas de vida «tradicionales» frente al trabajo asalariado y a la invasión del mercado. El estudio de los impactos de la satisfacción de las necesidades mediante mercancías, ha llevado finalmente al estudio de las pautas de consumo: la universalización del automóvil, la suburbanización de las ciudades ricas, la separación extrema entre lugares de residencia, trabajo y entretenimiento. El supermercado, los medios de masa y la televisión y otros rasgos que marcan la vida cultural y social del capitalismo actual, han sido estudiados por los historiadores, como también los temas de las culturas «étnicas» y de transición, cuando «todo lo que era sólido se desvaneció en el aire». Finalmente, una premisa de los estudios culturales actuales (que no se suele hacer explícita) es que los grandes cambios en el crecimiento del trabajo asalariado y en las pautas de consumo no son sino aspectos parciales de un proceso más general de migración y urbanización. La proletarianización equivale a la emigración desde los campos y desde las regiones y los países pobres, y a la inmigración en centros capitalistas desarrollados, sobre todo en las ciudades. Junto con la derrota del «socialismo realmente existente» y de la socialdemocracia en las décadas de 1980 y 1990, esta proletarianización-migración (que hace aumentar la «mezcla» de «razas» y de grupos étnicos y nacionales) ha hecho multiplicar los problemas del control social y de identidad cultural y política: hoy existe «la política de la identidad» frecuentemente combinada con «la política del lugar».

Si la situamos en esta «historia de las historias», la aparición de «la idea de la historia ecológica (...) en 1970» (Worster) puede entenderse sin dificultad. La causa próxima de la eclosión de la historia ecológica es el movimiento ambientalista y la crisis ambiental global y con muchas facetas que da lugar a las luchas respecto de la naturaleza, de las cuales la historia ecológica es ella misma una parte. Pero debajo de esta causa próxima hay una causa estructural (que Worster no analiza).

Los sistemas políticos y legales del capitalismo, la acumulación de capital y la conversión en mercancías de la vida social y cultural, parecen haber producido, con procesos que aún no han sido estudiados, una nueva naturaleza específicamente capitalista. Así, hay ahora una «división de la naturaleza» entre medios y objetos de producción y consumo. Al igual que ocurrió antes con el surgimiento del mercado de la tierra, la naturaleza se ha convertido en capital sometido a la disciplina de los mercados financieros. Los lagos, los bosques, las costas del océano, los sistemas biológicos son ahora «activos» financieros, y cuando no tienen precios en mercados reales, un creciente cuerpo de economistas, ecólogos e ingenieros imputan precios en «mercados ficticios» al aire limpio, al agua fresca e incluso a ecosistemas enteros que se convierten en una parte del «portafolios de inversiones» de una región o de un país. Además, la naturaleza es rechecha a imagen del capital, a través de la ingeniería genética, de las plantaciones industriales forestales, etc. Creo que, antes de que lo social y lo cultural se tomaran mercancías (algo que está todavía sucediendo, y que empezó seriamente tras la Segunda Guerra Mundial), no hubiera sido imaginable convertir a la naturaleza y a sus representaciones en capital.

Donald Worster explica el tránsito de la historia política a la historia social y de ahí a la historia ecológica apelando al descubrimiento por los historiadores de las «fuerzas fundamentales a lo largo del tiempo».<sup>14</sup> En su esquema, primero se apela a los grandes hombres y a su control de la historia; luego, «las capas ocultas de las clases sociales, el género, la razas y las castas» se tornan visibles; finalmente, «la propia tierra se vuelve presente, y es actora en la historia». Esta progresión ignora el hecho de que existe un nuevo *objeto* de estudio histórico, un objeto que no estaba oculto esperando ser desvelado sino que todavía no existía: una crisis ambiental y de la naturaleza, específicamente capitalista. El esquema de Worster parece suponer que el capitalismo no cambia y que la historiografía progresa a medida que los historiadores descubren fuerzas cada vez más profundas que causan cambios históricos. Esas fuerzas —la política y el liderazgo político, las luchas de clases sociales y otras luchas sociales, y la «econo-

<sup>14</sup> Ibid.

mía de la naturaleza»— no son analizadas por Worster en relación con los cambios en el propio sistema capitalista.

Worster advierte que los historiadores estaban antes confinados en fronteras nacionales, lo cual dificultaba la historia ecológica, que sobrepasa los límites regionales, nacionales e incluso continentales. Ésta es una idea muy válida.<sup>15</sup> Así pues, Worster debería llegar a la conclusión de que la globalización del capital es la causa principal del cambio en el ambiente natural, del surgimiento de los ecologismos, y de la nueva historia ecológica. Sin embargo, aunque en otros escritos Worster estudia los efectos ambientales de la agricultura capitalista (los monocultivos, la dependencia de los combustibles fósiles y de los químicos), en el texto en cuestión Worster parece ignorar la existencia actual de una naturaleza capitalista. Así, al explicar el nacimiento de la historia ecológica a

<sup>15</sup> *Ibid.* Stephen Dovers explica el surgimiento de la historia ecológica por «la creciente preocupación acerca de la sustentabilidad ecológica de las sociedades humanas modernas» («Sustainability and «Pragmatic» Environmental History: A Note from Australia», *Environmental History Review*, otoño 1994, p. 22). Esta explicación deja de lado el desarrollo de unas relaciones con la naturaleza y una idea de la naturaleza específicamente capitalistas, lo cual lleva a Dovers a una concepción «pragmática» de la historia ecológica. «Es una historia que (...) hace una contribución positiva y práctica a la gestión ambiental y a la búsqueda de la sustentabilidad ecológica» (*ibid.* p. 21). Este punto de vista hace desaparecer el contenido profundamente crítico de la mejor historia ecológica, y convierte ese campo de estudio en sirviente de la racionalización capitalista.

<sup>16</sup> *op. cit.* p. 290.

<sup>17</sup> No considero aquí el tema muy importante de la ciencia ecológica, de la cual depende la historia ecológica y que, a su vez, es modificada por la historia ecológica. La ciencia ecológica es, a mi juicio, la culminación de las ciencias anteriores, así como la historia ecológica es la culminación de las anteriores historiografías. La ecología debe combinar el individualismo o atomismo metodológico con el holismo u organicismo en todos los niveles de análisis y debe asimismo abarcar más niveles de análisis que otras ciencias. También otras ciencias pueden ser dialécticas pero lo son en grado más limitado que la ciencia ecológica, que es seguramente la única ciencia verdaderamente dialéctica. Al respecto, Alan Rudy me escribe: «en tu explicación de "la historia de las historias" lo que falta es la historia de la "historia natural", de la ciencia de la "economía de la naturaleza" y de la "historia natural". Eso llega hacia atrás a Gilbert White y a Linneo en el siglo xviii y se convirtió en parte del colonialismo cuando los "naturalistas" (Humboldt, Darwin, etc.) exploraron la historia natural, la diversidad de especies, la evolución, y las relaciones geológicas que eran importantes para la misión y la visión de Europa. Eso queda claro en los libros

partir de los movimientos ecologistas de los años 1960, los aspectos que destaca de estos movimientos son su «propósito moral» y su «reforma de la cultura».<sup>16</sup> Aquí falta algo más de auto-reflexividad, es decir, hay que explicar la historia ecológica como *parte* del movimiento ecologista, más que como una consecuencia de él. Falta también una explicación dialéctica del desarrollo de la naturaleza capitalista y el crecimiento de los movimientos sociales y ecologistas en el contexto de los problemas de la nueva economía global desde los años 1960 hasta ahora. Hay que contestar a preguntas como las siguientes: por qué se destinan ciertas tierras, ciertos recursos minerales, ciertos cursos de agua, etc. a la petroquímica, a la industria de pasta de papel, a producir equipos de alta tecnología y a otras industrias que producen mercancías para producir otras mercancías; por qué otras tierras y recursos producen bienes de consumo; por qué resulta más difícil hacer cumplir reglamentos ambientales rigurosos a las industrias de bienes de capital que a las de bienes de consumo; por qué los movimientos ecologistas protestan contra las industrias o pausas de consumo de la manera como lo hacen (por ejemplo, se preocupan de la tala de bosques para pasta de papel y se preocupan del reciclaje de papel ¿pero, se preocupan menos por la propia industria de producción de papel?). Otras preguntas: ¿por qué el capital financiero tiene severos efectos sobre la naturaleza, aunque no lo parezca? ¿por qué crece el tamaño medio de las fincas agrícolas y qué impacto tiene eso en las tecnologías que se aplican? Son preguntas (y cabría hacerse muchas otras parecidas) cuya respuesta presupone una teoría de la acumulación capitalista de tipo marxista.

Los historiadores ecológicos, al adoptar los métodos de la economía política, la sociología política y la economía sociológica, están descubriendo qué es la Naturaleza en el capitalismo y cómo cambia al cambiar el capitalismo. Los historiadores ecológicos están ayudando a que las clases económicas y políticas (que están influidas por nuevos libros e ideas) sean más conscientes de las razones de los impactos ambientales de sus propias revoluciones económicas, políticas y sociales, y eso proporciona una de las bases esenciales de los grandes movimientos verdes de resistencia, de los movimientos por la justicia ambiental y otros movimientos sociales que ven la naturaleza como «el cuerpo de los seres humanos».<sup>17</sup>

En resumen, explicar el surgimiento de nuevos tipos de escritura de la historia en términos de nuevas luchas sociales que introducen en la conciencia social o pública unos conflictos hasta entonces reprimidos o invisibles, es una explicación inteligente pero insuficiente. Según esa explicación, la historia «desde abajo» es un reflejo de la creciente democratización de las sociedades democráticas liberales. Ciertamente, hay una estrecha correlación entre las revoluciones burguesas y la historiografía política; entre los conflictos económicos y la historiografía económica; entre las luchas sociales y culturales y la nueva historia social y cultural; y entre las luchas ecologistas y la historia ecológica. Pero el problema con esta explicación de historias nuevas, incluyendo la propia tendencia de escribir historia «desde abajo», es que esas historias no son reflejo sino *parte* de los propios conflictos sociales. La explicación de Worster que aquí discutimos o completamos, es más convincente que los mitos del progreso y del consenso social, pero es insuficiente. La explicación tanto de los distintos conflictos sociales como de la parte constitutiva de éstos que llamamos historiografía, hay que buscarla en la lógica del desarrollo del capitalismo, es decir, en los cambios en la estructura de la sociedad, a medida que la política, la economía, la vida cultural y social, y el ambiente natural, son sucesivamente «revolucionados», es decir, se convierten en más específicamente capitalistas.

## EL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

El crecimiento del capitalismo es un proceso de desarrollo desigual y combinado de estructuras y procesos políticos, económicos, sociales y ambientales. La revolución de Haití fue en parte construida políticamente como el climax de la revolución francesa, tal como la representó C. L. R. James en *The Black Jacobins*. La Constitución de Estados Unidos fue copiada en el siglo XIX por muchos países latinoamericanos. La primera revolución industrial en Gran Bretaña no se extendió igualmente por el mundo, fue retrasada por el colonialismo y el neocolonialismo en el Sur. Hoy en día el centro de programación de software más activo del mundo no está ya en Silicon Valley en California sino seguramente en Bangalore

en la India, y en cambio podemos hallar formas primitivas de trabajo asalariado en Los Angeles, la metrópolis del capitalismo. También la cultura y la sociedad capitalistas de extienden de manera desigual. En el Sur, no hay aún estructuras capitalistas de clases sociales, y tal vez la cultura pop norteamericana produzca las únicas mercancías verdaderamente universales. Antiguas creencias espiritualistas que no se suponía pudieran sobrevivir en el capitalismo global reaparecen en formas nuevas en Tokyo, Miami, El Cairo y otras ciudades y regiones.

Analogamente, el desarrollo de la historiografía no es lineal sino complejo y dialéctico. Los historiadores no abandonaron la historia política al nacer la economía industrial capitalista. La historia política abordó nuevos temas con el desarrollo del capitalismo y del trabajo asalariado, con las políticas pluralistas de las democracias liberales, con las rivalidades imperialistas entre potencias industriales que nunca habían existido, con la nueva regulación social y económica estatal, con los sistemas de seguridad social, las burocracias públicas, el derecho administrativo, etc. Tampoco desapareció la historia económica frente a los nuevos temas sociales y culturales. Su ámbito fue ampliado para incluir la segunda y tercera revoluciones industriales (la era de la electricidad, la era de la electrónica), el consumo de masas en los nuevos tipos de supermercados, la revolución keynesiana en la política económica, etc. Y también los historiadores de la sociedad y de la cultura ampliaron su temática y sus métodos al empezar a existir una Naturaleza específicamente capitalista, para explicar los nuevos significados e interpretaciones de la «vida silvestre» y del conservacionismo, los paisajes urbanos, etc.

Siempre ha habido y habrá continuidad en el cambio, tanto en la «historia real» («episodios reales») como en la historiografía. El desarrollo desigual y combinado significa que

---

*de Worster, Nature's Economy, Kloppenburg, First the Seed, Hecht y Cockburn, The Fate of the Forest, y Crosby, Ecological Imperialism. Todos ellos ponen de manifiesto cómo las exploraciones y el colonialismo tuvieron que ver tanto con la apropiación eco-agrícola como con la explotación mercantil e industrial dirigida a la industrialización del mundo. Los procesos de la historia política, económica y social se escribieron en el lenguaje de la historia natural, que incluía la historia «natural» de las clases sociales, de la opresión de género, de las razas y de la superioridad o inferioridad social.*

todos los tipos de historia deben ser reconsiderados a la luz de los métodos de escribir historia que aparecen después. Así, la actual historia política debe tener en cuenta la historia económica, la historia social y la historia ecológica que aparecieron después; la historia económica debe considerar la historia social y la historia ecológica (y la revisión de la historia política)<sup>18</sup>; la historia social y cultural debe considerar la historia ecológica (y la revisión de las historias política y económica). El libro de Robert Wiebe, *Self-Rule: A Cultural History of American Democracy* (1995), que interpreta la democracia en los Estados Unidos como la formación de movimientos de solidaridad entre hombres blancos, depende de la historiografía cultural. El trabajo del historiador económico Eric Hobsbawm incorpora a la historia económica una comprensión de la sociedad y la cultura capitalista que estaba ausente en la historia económica anterior. Y, a la inversa, muchos historiadores dieron más peso al factor económico en la historia a partir de la publicación de *El Capital* de Marx. La importancia de las pautas de consumo en la Revolución Industrial inglesa ha aparecido ahora a la luz, gracias a los métodos de la historia social y cultural. La historia económica (definida estrechamente, por ejemplo por T. S. Ashton en *The Industrial Revolution*) es enriquecida hoy no sólo por la historia cultural sino también por la historia ecológica. Recientemente se ha hecho una historia de la máquina de vapor de Watt, económicamente eficiente y ecológicamente destructiva. Las historias ecológicas contemporáneas han empezado a revisar la historia de la transición del feudalismo al capitalismo en Europa, al destacar el papel olvidado de la degradación ecológica, y de las crecientes externalidades negativas y costos sociales, señalando las antinomias del desarrollo de la sociedad y de la cultura capitalistas, al introducir los temas de la historia destacados por Karl Polanyi dentro de la historiografía marxista.

La escritura de la historia tiende a cambiar de dirección

con el desarrollo dialéctico de nuevas «etapas» del capitalismo, pero es también un proceso acumulativo que incorpora las maneras anteriores de escribir historia. La historia política de hoy no sólo considera la historia de las revoluciones y reformas políticas de hace dos o tres siglos sino también los cambios políticos traídos por la creciente hegemonía del mercado capitalista, la nueva política de símbolos asociada al crecimiento de la cultura capitalista, y la política de los verdes. La historia económica, la historia socio-cultural y la historia ecológica tienden a seguir un camino similar. La historia ecológica «completa» de hecho esas otras historias al ampliar la historia política para incluir la política de los conflictos ecológicos, al extender la historia económica para incluir los conflictos sobre el acceso a los recursos naturales o sobre la pérdida de los valores recreativos de la naturaleza; y al radicalizar la historia cultural para tener en cuenta los conflictos acerca de la representación de la tierra y del espacio, los mapas mentales, etc. Cada tipo de historia se alimenta de su propio pasado y de sus «rivales», con la historia ecológica en la posición más alta en esta «cadena trófica». Cada tipo de historia es reescrito según los problemas políticos, sociales o económicos, y las ideas dominantes de la época. Por ejemplo: los cambios legales en el siglo XVIII que establecieron derechos de propiedad definidos sobre la tierra y sobre los inventos (las marcas registradas, las patentes) tuvieron una importancia para el capitalismo que fue infraestimada durante mucho tiempo. Pocos contemporáneos apreciaron la gran significación económica de estas leyes cuando fueron promulgadas, pero hoy comprendemos su importancia a la luz de los problemas globales del capital que trata de imponer leyes sobre la propiedad intelectual y otras formas de propiedad en las economías «emergentes» del Sur y en los países ex socialistas.

El capital se acumula y desarrolla para lograr una ordenación global política-económica-social y biológica. En la historiografía hay también una especie de acumulación, como acrecentamiento e incorporación desde otros campos de la historia, una acumulación paralela a la de capital. Cada campo de la historia es, idealmente, cada vez más rico y más complejo, más transdisciplinario pero sin embargo muchísimos historiadores tienden a especializarse en periodos y temas particulares. Esto ocurre en paralelo con la creciente es-

<sup>18</sup> Geoffrey Elton dijo una vez: «cuando encuentro un historiador que olvida a los grandes hombres en la política, yo pienso que no puede ser buen historiador». Los historiadores frecuentemente olvidan los «grandes hombres» porque hoy en día dependen de las ciencias sociales. Tampoco saben cómo incorporar a los «grandes hombres» en sus historias económicas, sociales o ambientales. Por ejemplo, ¿cómo calibrar la importancia de John Muir en el nacimiento y potencia actual del movimiento ambientalista?

## ¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?

pecialización capitalista en la economía, en la política, en la cultura y en los usos de la Naturaleza. Cualquiera que acuda a las sesiones anuales de la Asociación de Historiadores de Estados Unidos, o a reuniones regionales o temáticas, sabe que la acumulación de conocimientos especializados es realmente pavorosa. Pero, sin embargo, los mejores historiadores, incluso los muy especializados, son capaces de aplicar enfoques metodológicos que abarcan distintas capas de los «episodios reales». Hace un par de generaciones, los libros de C.L.R. James, *Black Jacobins* y de Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, abrieron nuevos caminos pero no podían aún interpretar los nuevos temas culturales y ecológicos como lo hace, por ejemplo, la obra maestra de Dale Tomich, *Slavery in the Circuit of Sugar*, construida como una muñeca rusa, una capa dentro de otra, tratando los diversos aspectos políticos, económicos, socioculturales (e implícitamente, geográficos y ecológicos). Las grandes obras sobre la Revolución Francesa escritas en el siglo XIX no incluyeron temas culturales y ecológicos (ni económicos) recogidos en muchas narrativas de los últimos veinte años. Los historiadores ecológicos están aprendiendo a «descodificar» las dimensiones ecológicas del pensamiento de Washington, Jefferson y Tom Paine y otras figuras de la Revolución Americana.

En resumen, hay continuidad en el cambio, en el sentido que todos los tipos de historia incorporan la historia previamente escrita, y hay también continuidad en el cambio en el sentido que los «episodios reales» son muy distintos según va cambiando el capitalismo y sus estructuras políticas, económicas, socioculturales y naturales. La economía capitalista amplió el ámbito de la historia política; la sociedad capitalista extendió los límites de la historia económica (y política); la naturaleza capitalista está revolucionando la historia social (y política y económica).<sup>19</sup>

### EL DESARROLLO DESIGUAL DE LA HISTORIA Y DE LA HISTORIOGRAFÍA

La historia no camina uniformemente. Así podemos entender por qué los temas políticos, económicos, culturales y ecológicos pueden aparecer, por así decir, «antes de tiempo». En

la era capitalista, la historia política y legal precedió el periodo de revoluciones políticas burguesas, y la historia económica fue inventada antes de la Revolución Industrial. Las historias de la cultura aparecieron ya en el Renacimiento y los temas ambientales figuraron en muchas obras históricas, antes de la actual «era de la ecología».

Estas anticipaciones eran anomalías, en el sentido que no eran parte de la secuencia de los cuatro tipos de historiografía antes descrita. La inspiración principal de los grandes tratados políticos y legales de hace dos o tres siglos fue la transición del feudalismo al capitalismo, por ejemplo, los problemas del dominio político en la época absolutista; la historia económica de los dos últimos siglos no debe casi nada a las narrativas contemporáneas de la economía agrícola y del mercantilismo y en cambio sí que es muy deudora de la Revolución Industrial y sus consecuencias. Las historias de la alta cultura en la época moderna de 1500 a 1800 apenas dejaron alguna marca en la actual historia social y cultural que representa el mundo «desde abajo». Finalmente, los temas ecológicos desde el siglo XVIII hasta principios del siglo XX no trataban de la Naturaleza sino de cuestiones políticas y económicas, como por ejemplo *The Coal Question* (1865) de Stanley Jevons que estudió la importancia del carbón para la industria y el imperio británicos pero no los impactos ecológicos de la minería y el uso del carbón.

<sup>19</sup> La mayor parte de los escritos importantes de Marx fueron políticos y económicos. En la primera mitad del siglo XX, en el marxismo aparecieron los temas culturales (Lukacs, la teoría crítica). Hoy, los temas ecológicos están en el centro de lo que está vivo del pensamiento marxista (la escuela eco-marxista). En el siglo XIX, la historia política todavía no entró en el análisis de distintas teorías sobre el Estado capitalista, imposibles aún por el bajo grado de desarrollo de la sociedad y de las clases capitalistas. La historia económica olvidó el estudio de las pautas de consumo, y la historia ecológica apenas existía. Hoy en día, al contrario, al adquirir importancia los temas culturales y ecológicos dentro del marxismo, a muchos autores los temas económicos («la lógica del capital») les parecen meros sub-textos, lo cual es una equivocación en esta época en que la economía mundial está realmente siguiendo el modelo de economía estudiado en *El Capital*. El capítulo titulado «Cooperación» de *El Capital* fue dejado de lado; hoy, los autores marxistas y de otras tradiciones críticas estudian las formas culturales de cooperación y su importancia en el trabajo, y estudian el papel de los sistemas ecológicos (la «cooperación con la naturaleza») en la producción.

Cuando los historiadores introdujeron temas políticos, económicos, socioculturales o ecológicos «antes de tiempo», éstos funcionaban más bien como escenario o trasfondo pasivo que como agentes activos de la historia. Hubo un tiempo en que la política era vista como un escenario para el drama de los Grandes Hombres y no como un proceso de conflicto y compromiso, de revolución y reforma. Las primeras historias económicas no ponían de relieve el dinamismo del capitalismo industrial maduro que no adquirió ímpetu casi «natural» hasta el siglo XIX. Las primeras historias de la alta cultura no consideraban la autonomía de la cultura, que es uno de los Diez Mandamientos de los estudios culturales actuales, porque la producción de cultura había dependido muchísimo de la Iglesia y de la Corona. Las primeras historias que tuvieron en cuenta el ambiente natural, admitían un determinismo ambiental en vez de ver la interrelación dialéctica entre la Naturaleza y la producción, distribución, intercambios y consumo humanos. Así, *The Significance of the Frontier in American History* (1893) de Frederick Jackson Turner y *American History and its Geographic Traditions* (1903) de Ellen Churchill Semple prestaron más atención a la influencia del clima y el relieve sobre los asentamientos humanos que viceversa. *The Two Frances* de Edward Fox es historia política, muy influida por la geografía pero no considera la ecología. Marc Bloch en su *Historia Rural de Francia* insistió en el papel de la geografía en las formas de producción desde la Baja Edad Media hasta la Revolución Francesa pero sin olvidar las relaciones de producción y de poder («la geografía limita el tipo de ambiente que los pueblos crean») y Braudel argumentó en contra del determinismo geográfico y en favor del «posibilismo», una idea necesaria para dar a la Naturaleza su papel debido como agente de la historia, en interrelación con las actividades humanas. Éste es el enfoque de una serie de obras actuales. Así, Elinor G. K. Melville, en *A Plague of Sheep: Environmental Consequences of the Conquest of Mexico* (1994), incorpora la biología, la historia legal y política colonial, la

economía y la política, y algunos elementos de historia cultural.

## CONCLUSIÓN

El postmodernismo tiene razón al decir que escribir historia es contar historias. El «contenido de la forma» es, en parte, la propia forma. Con los materiales adecuados, los historiadores puede explicar historias de diversos tipos acerca de los mismos «episodios reales». Cada tipo de historia tiene su propia lógica interna. Ahora bien, también la historia del desarrollo del capitalismo tiene una lógica interna. Es una historia inacabada y es muy distinta según la explique un financiero, un sindicalista, un paciente de sida, o un nuevo inmigrante de Puerto Rico. Particularmente en los Estados Unidos, con su multiculturalismo extremo, puede haber tantas historias como personas. Pero cada historia estadounidense, si es plausible, incorpora la «lógica profunda» de la acumulación y el desarrollo capitalista, y toca de alguna manera a alguna de las formas del capital. Basta recordar las obras de William Appleman Williams, Gabriel Kolko y Joyce Kolko, entre muchas otras. No hay una historia totalizadora excepto en la forma de todas las diversas historias relevantes vistas como totalidad. El libro de William Cronon, *Nature's Metropolis*, explica la historia de Chicago hasta la Gran Exposición; una historia totalizadora incluiría a Nueva York, Saint Louis y el Oeste en el mismo periodo porque la historia de Chicago es sólo un «momento» de la historia general del capitalismo de los Estados Unidos y de la historia de sus ciudades. «Todo depende de todo» es una tautología no sólo en ecología sino también en historia.

La historia ecológica puede ser entendida en términos del desarrollo del capitalismo y de sus revoluciones política, económica, sociocultural y ecológica, e incorpora las maneras anteriores de escribir historia, en claves política, económica, socio-cultural y ecológica. Así, la historia ecológica puede verse como la culminación de la historiografía de la época capitalista, o al menos como el eslabón necesario para completar esa cadena de historias.<sup>20</sup> También es cierto que de la misma manera que los historiadores no pueden dejar de lado la cien-

<sup>20</sup> Robert Young («Biography: The Basic Discipline for Human Sciences», *Free Associations*, 11, 1988) reclama este papel para la biografía. Tal vez cabe decir que buena parte de la historia ecológica son «bio-grafías» de un lugar o una región o un recurso natural.

## ¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?

cia política, la ciencia económica y la sociología cuando escriben historia política, económica o sociocultural, tampoco los historiadores ecológicos puede dejar de lado, no ya la ciencia ecológica, sino tampoco, de ninguna manera, las ciencias sociales. Así, los historiadores ecológicos norteamericanos destacados, como Donald Worster, Richard White, Carolyn Merchant, William Cronon, Stephen Pyne, muestran en sus trabajos que están metidos de lleno en la historia política y en la ciencia política, en la economía como historia y como ciencia, en la historia socio-cultural y en la sociología y estudios culturales, y en la ciencia ecológica. Cuando la historia ecológica se asienta científicamente, al mismo tiempo se radicaliza.

Marx incorporó la historia política, la historia económica, y la teoría económica y la teoría política, y generaciones de autores marxistas han intentado unir y combinar la historia política, económica y socio-cultural. Hoy en día, los historiadores ecológicos incorporan también esos tipos de historia, y las ciencias humanas. Los historiadores ecológicos están subidos a los hombros de los historiadores políticos, económicos y sociales del pasado. No sólo esto: la historia ecológica es *de hecho* historia política, económica y social, ampliada, profundizada y más inclusiva. La historia ecológica es, en este sentido, la culminación lógica de toda la historiografía pasada.

Cerremos el círculo. Podemos estar seguros que la historia ecológica será reinterpretada y hasta revolucionada por las futuras generaciones de historiadores, a la luz de nuevos problemas, nuevas técnicas y fuentes de información, etc., pero también según las revoluciones que haya en la historia políti-

ca, la historia económica y la historia social, a las cuales la historia ecológica hoy está contribuyendo. La historia ecológica se niega y se reconstituye al incorporar a los otros tres tipos de historia, los cuales han de tener en cuenta los adelantos en la historia ecológica y en la ciencia ecológica. En la medida que esta dialéctica de la historiografía pueda ser entendida, es muy importante que los historiadores ecológicos la entiendan.

Si el capitalismo global triunfa finalmente, y si la Naturaleza es vista por las generaciones futuras como otra forma de capital (como «capital natural», siendo los humanos «capital humano» y la comunidad «capital comunitario»), entonces la historia ecológica será simplemente la historia de la naturaleza capitalista. Los movimientos de resistencia serán probablemente olvidados. La historia será una historia de creciente dependencia y reificación de la tecnología, en vez de ser el estudio de las relaciones sociales humanas mediadas por las relaciones de los humanos con la naturaleza (y viceversa). Si los verdes, roji-verdes, verdi-rojos, feministas, pueblos indígenas, minorías oprimidas, trabajadores, y «el ecologismo de los pobres» que luchan contra el capitalismo global, son victoriosos (¿poco probable? ¿muy probable?), entonces la historia ecológica del futuro será muy distinta. Pero, cuidado: el futuro será del capital puro y simple o no lo será, dependiendo, en parte, de cómo los historiadores ecológicos (y otros historiadores) entiendan y practiquen su arte. En la medida que la Naturaleza (modificada por los humanos) es entendida como una historia del trabajo, de la propiedad, de la explotación, y de las luchas sociales, más fácil será que el futuro sea sostenible, equitativo, y socialmente justo.

